

VAMOS

Si alguien, hace unos años, me hubiera dicho que hoy iba a estar donde estoy, probablemente me hubiera reído en su cara, sin más 😁

La Anto del 2020 se había vuelto bastante cerrada a creer —en general— en los “milagros”, en que algo increíble podía pasarle. Sin embargo, me la pasaba haciéndome reiki y leyéndome las cartas una y otra vez, pagando por limpiezas o cartas astrales que me dieran la esperanza de que algo de lo que estaba mal iba a mejorar. *Spoiler alert*: no estaba por mejorar. Se iba a poner muchísimo peor.

Vamos a rebobinar juntas hasta el 2020 (sí, voy a usar la palabra *rebobinar* porque soy una señora, perdón a todos los jóvenes).

En 2020 trabajaba como *Product Designer* para una empresa de Estados Unidos. Tenía un sueldo que no era tan alto, pero en ese momento —y comparado con los ingresos de toda la gente que conocía— era una fortuna.

Hacía tres años había llegado a Buenos Aires, luego de terminar de estudiar y con todos mis sueños en la mano, o en algún lado. Había pasado por un par de trabajos mal pagos y tomado miles de subtes al microcentro, donde viajaba con la cara apoyada en la espalda de alguien, algunas mañanas muy angustiada, otras directamente llorando, sin entender si esa iba a ser mi vida para siempre. Así que este trabajo, que había empezado en 2018/19, me parecía la gloria: me levantaba a las ocho, me preparaba un mate, iba al living, prendía la compu y me ponía a trabajar. Podía hacer mis cosas durante el día, salía a comer o a hacer compras... me sentía libre.

Palabra clave: SENTÍA.

Y acá viene la incomodidad: tenía el trabajo de mis sueños, ganaba bien, comía medialunas mientras trabajaba con mi gata encima... ¿POR QUÉ ME SENTÍA TAN MISERABLE? ¿Qué me pasaba?

Acá creo que fue mi primera probada de que *las cosas que elige una versión antigua de vos no son necesariamente las que te van a hacer feliz a largo plazo.*

Mientras tanto, estaba en una relación de casi tres años que yo quería sostener a toda costa, por más que la persona con la que estaba estuviera totalmente centrada en sí misma y no me tratara como yo sentía que debían tratarme en una relación. Eso lo dice la Anto de ahora. La Anto de 2018 solo se sentía incómoda, pero no podía ponerlo en palabras.

No sabía del todo lo que se merecía y, con el simple hecho de que alguien la quisiera, pensaba que todo estaba resuelto.

En ese momento, yo estaba 100 % dispuesta a sacrificar mi bienestar y mi salud mental solo por estar en una relación. Y lo digo fuerte y abiertamente porque sé que muchas bebas están en situaciones parecidas, y tal vez no se dan cuenta de lo complicado que es amar más la atención de otro que a una misma.

Algo que suelo decir mucho en mis redes y membresías es que el universo (Dios, la energía, la fuente o como más te resuene en tu práctica) no te deja en lugares donde ya no podés evolucionar. Por más que te resistas y te quieras quedar en ese trabajo o esa relación, por más que sientas que el sueldo es bueno o por más que te dé miedo quedarte sola, tus miedos se van a hacer realidad. Porque son justo lo que necesitás atravesar para convertirte en una nueva versión de vos misma.

Volvemos al 2020, plena pandemia, nuestra salud mental y toda nuestra vida en el subsuelo mientras veíamos a gente bailar en TikTok y hacer pan de masa madre. Un día, me llama mi jefe a una reunión y yo simplemente **lo sabía**. Era una profecía autocumplida: tanto sentirme infeliz, tanto pensar que debía haber otra cosa para mí, tanto poner energía en NO querer estar en ese trabajo ni en esas reuniones, ni en ese día a día... encarnó.

En la reunión me dijeron que la pandemia le había pegado muy duro a la empresa, que, si bien mi trabajo era invaluable, iban a tener que dejarme ir...

Ahí me di cuenta de algunas cosas:

1. **No sos invaluable** ni imprescindible en ningún trabajo en el que vos no seas el alma.

2. Un trabajo en relación de dependencia **no te garantiza ninguna estabilidad**. Es una fantasía más de la matrix en la que vivimos.

3. Las cosas que en el momento te parecen una catástrofe, en unos años van a ser tus mayores bendiciones.

Si no me hubieran echado, me hubiera demorado al menos un par de años más en llegar a lo que llamo mi “punto de hartazgo”, y probablemente hubiera renunciado de forma conflictiva, por todo el males-tar que había dejado que se acumulara. Esa era la forma en la que solía dejar las situaciones y las relaciones en ese momento, pero eso es para otro capítulo completo.

Si no me hubieran echado, seguiría ganando ese sueldo.

Pero gracias a que me echaron —y a que fui prescindible— pasé a, escalonadamente, ganar ese sueldo multiplicado por 25 haciendo algo que no se sentía como trabajo.

Nada mal para venir de algo que me parecía una desgracia en ese momento, ¿eh? 😎

¿Ya les mencioné que en el momento en que me echaron del trabajo también me dejó mi novio? ¿O lo pasé por alto? Creo que lo pasé por alto, pero es espectacular, así que no puedo no contárselo (ahora me río, en ese momento me quedé seca llorando... tenía mucho tiempo libre).

Sumado a todo mi malestar laboral, cargaba en mis hombros el peso de una relación que no funcionaba, con alguien que no me quería... ¿Por qué me hacía eso? No se sabe. Bueno, sí se sabe. La que no me quería era yo a mí misma.

El sujeto me dijo que nuestra relación no se sentía bien energéticamente y se fue a otra ciudad un mes, sin hablarme, a no sé... tener un encuentro místico con la falta de comunicación en las relaciones.

Yo, mientras tanto: echada, ghosteada, deprimida, sin tener idea de qué iba a hacer con mi vida, sin ganas de levantarme de la cama ni de lavarme los dientes. Lo que no sabía es que en ese momento —en el que parecía que me había perdido completamente— iba a empezar la transformación más profunda de mi vida.

La Anto de 2025, mientras escribe esto, está esperando un bebé (cuando escribí esto, no lo había anunciado aún públicamente), con una persona que la ama profundamente y la está acompañando en el proceso de una forma que no conocía, pero que merecía experimentar. Trabajo mensualmente con miles de mujeres que saben que se merecen exactamente la vida que desean. Viajo por el mundo cada vez que siento el deseo —que eso, para mí, es WOW— porque, ya ahondaremos en estos temas, pero hasta mis 30 años no había viajado nunca.

La Anto de 2025 recuerda cómo leía a uno de sus autores favoritos, Wayne Dyer, allá por 2015, contar que escribía sus libros en su casa en la playa y que sentía cómo las palabras fluían a través de él. Y yo fantaseaba, sin poder creer que escribir —en paz, en su casa, hablando de las cosas que le hacían bien— era el trabajo de alguien.

Y acá estoy. Y ahora también es parte de mi trabajo. Una editorial confió en mí y me propuso escribir mi libro y tengo un proceso hermoso para dejar fluir a través de mí. Porque dejemos algo muy claro: nosotras tenemos la intención y los pensamientos correctos, pero en el universo hay una fuerza inconmensurable que nos habita a todos y a todo, y que está moviendo las piezas para que podamos experimentar las realidades que se alinean a nuestros pensamientos y deseos más profundos.

Este libro va a ir y volver en estas historias cuando lo crea necesario, pero va a ser una puerta abierta a mi proceso de sanar esas partes de mí que no me permitían conectar con mis deseos. Y, con suerte, también sea el disparador para vos. Para que puedas creer que, si fue posible para mí, también puede serlo para vos.

¿Cómo? Pensando diferente.